

LECCIONES DEL SIGLO DE ORO¹

Un día de abril de 1950 el joven escritor de veintidós años, hecho un manojo de nervios, entrega un tosco ejemplar a máquina de su primera novela al viejo dramaturgo catalán don Ramón Vinyes, alma y guía de su grupo bohemio. Ajustándose los anteojos, don Ramón coloca las páginas sobre la mesa del café y lee, sin cambiar de expresión, la sección inicial de lo que más tarde sería *La bojarasca*. Más tarde, guardando los anteojos en su funda, y la funda en su bolsillo delantero, hace algún comentario sobre la utilización que el novelista hace del tiempo, algo que, tal y como admite García Márquez en este libro, constituía «su problema de vida o muerte», sin lugar a dudas, el «más difícil de todos».

Este retrato del artista como un hombre joven no forma parte de unas memorias cansinas o tardías, sino de una obra literaria por derecho propio, que cuenta –o recrea– el proceso de formación de García Márquez como escritor en un contexto temporal muy agitado. *Vivir para contarla* da comienzo, *in media res*, dos meses antes de que tuviera lugar este episodio, narrando el momento en el que su madre, vestida de luto, se abre paso con ligereza entre las mesas de la librería Mundo de Barranquilla, a tiro de piedra del café de don Ramón, para ir al encuentro de su hijo sonriendo maliciosamente: «Antes de que pudiera reaccionar me dijo: “Soy tu madre”». Y a continuación, «con su habitual actitud ceremoniosa: “He venido a pedirte por favor que me acompañes a vender la casa”».

A partir de aquí, el tiempo se proyectará hacia delante y hacia atrás. El lento viaje hacia la vieja casa familiar en Aracataca ofrece una vista sobre el pasado,

Las blancas cumbres de la sierra parecen precipitarse sobre las plantaciones de bananas al otro lado del río provocando que de niños soñáramos con hacer bolas de esas nieves perpetuas y libráramos batallas en las reseca y asfixiantes calles [...]. El calor era tan increíble que [...] desde el día en que nací escuché decir, una y otra vez, que los raíles del ferrocarril y los asentamientos de la United Fruit Company habían sido construidos

¹ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla*, Madrid, Mondadori, 2002 [ed. inglesa: *Living to Tell the Tale*, Londres, Jonathan Cape, 2003].

durante la noche porque de día el sol calentaba tanto las herramientas que resultaba imposible tocarlas.

Aunque, evidentemente, también anticipa el futuro; el momento en 1965, todavía diez años antes de que escribiera este libro, mientras se dirigía hacia Acapulco con su familia de vacaciones, García Márquez ve formarse en su mente una de las frases más célebres del siglo xx: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía recordaría aquel lejano mediodía en que su padre le enseñó el hielo». Da media vuelta a su coche y haciendo rugir el motor se enfila en dirección a Ciudad de México, se encierra en su habitación durante dieciocho meses y apurando los cigarrillos hasta la colilla escribe *Cien años de soledad*.

Sin embargo, en cierto sentido, *Vivir para contarla* comienza después de que el viento, al final de dicha novela, hubiera arrastrado todo. Cuando quisieron llegar su madre y él, la vieja casa en Aracataca, ocupada por inquilinos imposibles de desalojar, se había convertido ya en escombros y ruina; no logran sacar ni un céntimo de ella. Evocando una de las pautas más recurrentes, en realidad, predecibles, en la ficción de García Márquez, lo que se quiere no se logra en los términos en los que uno lo desea, sino tal y como lo determina el destino. En lugar de dinero, este viaje proporciona a García Márquez su principal fuente de inspiración literaria. Contempla la pequeña y árida plaza en Ciénaga, donde en 1928 el ejército colombiano había masacrado a los trabajadores bananeros en huelga; según la versión de su abuelo, tal y como aparece narrada en *Cien años de soledad*: tres mil hombres, mujeres y niños hieráticos bajo un sol de justicia mientras el oficial al mando les da cinco minutos para despejar las calles. Escucha las historias del noviazgo de sus padres: la bella hija de una familia liberal perteneciente a las elites cortejada por un ambicioso telegrafista conservador, sus camaradas de conspiración enviando mensajes de amor en morse por la línea, mientras los padres se apresuraban a poner a salvo a la joven; ésta fue la auténtica fuente de inspiración de *La bojarasca* y de *El amor en los tiempos del cólera*. García Márquez rememora los estrechos lazos que le unían a su abuelo, que había combatido en las devastadoras guerras civiles de Colombia y que sale a la superficie en boca de varios personajes de ficción, incluido *El coronel no tiene quien le escriba*. Mirando desde la ventana del tren a medida que se desplaza lentamente por las silenciosas plantaciones de bananas, García Márquez se queda ensimismado con el nombre de una vieja plantación, Macondo, ciudad tropical que aparece en muchos de sus relatos y novelas².

El episodio central del viaje de vuelta es una experiencia proustiana que tiene lugar cuando él y su madre son invitados a comer en la casa humilde pero digna del doctor de cabecera:

² Sobre la situación de Colombia durante la vida de García Márquez, véase Forrest HYLTON, «La hora crítica. Perspectiva histórica de la Colombia de Uribe», *NLR* 23 (noviembre-diciembre de 2003), Madrid, pp. 47-90 [N. de la T.].

Desde el momento en que probé la sopa tuve la sensación de que todo un mundo aletargado se despertaba en mi memoria. Sabores que habían sido míos durante la infancia y que había perdido cuando abandoné la ciudad reaparecían intactos y se apoderaban de mi corazón con cada cucharada.

Sin embargo, si la materia prima de su ficción había de ser lo *real maravilloso* del Caribe colombiano, ¿qué se podría decir sobre su forma? García Márquez cuenta a menudo la historia de cómo descubrió en la *Metamorfosis* de Kafka el mismo relato imposible de lo extraordinario que él recuerda que existía en los maternales cuentos de su abuela. Aquí rinde homenaje a Tranquilina Iguarán, así como a sus tías y a doña Juana de Freytes, que volvería a narrar a los niños historias extraídas de *La Odisea*, de *Orlando furioso*, de *Don Quijote* y de *El conde de Montecristo*. En su opinión, la «memoria popular» de los habitantes de Aracataca a menudo corregía o contradecía los relatos oficiales de los hechos históricos. Estando en el colegio y la universidad, primero en Barranquilla y después en Bogotá (donde «una lluvia insomne había estado cayendo desde comienzos del siglo XVI»), se pasaba el tiempo «leyendo todo lo que caía en mis manos y recitando de memoria la inigualable poesía del Siglo de Oro español».

Después de 1948, huyendo de la violencia y la represión que arrasó Bogotá tras el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán, García Márquez regresa a Barranquilla, una de las ciudades más seguras del país. Fue en este periodo en el que vino a parar al grupo que giraba en torno a don Ramón Vinyes. «Resulta difícil imaginar el grado en el que la gente vivía a la sombra de la poesía por aquel entonces», escribe en estas páginas en relación a su educación literaria:

No sólo creíamos en la poesía, y habríamos muerto por ella, sino que también sabíamos con certeza –tal y como escribió Luis Cardoza y Aragón– que «la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre». El mundo pertenecía a los poetas. Sus nuevas obras eran más importantes para mi generación que los acontecimientos políticos, cada vez más deprimentes.

Tenían la misma importancia los escritores del movimiento moderno, al alcance desde hacía poco del público que leía en español gracias a las traducciones de Jorge Luis Borges y su círculo de Buenos Aires: «Esperábamos a los comerciales de las editoriales argentinas como si fueran enviados del cielo». Faulkner, Woolf, Conrad, Graham Greene, Joyce, Gide, Kafka, Mann y el propio Borges eran devorados por el grupo de Barranquilla, al igual que los clásicos griegos, cuya impronta se dejaría ver, por ejemplo, en el estilo de Sófocles de *Crónica de una muerte anunciada*.

Fue aquí, en Barranquilla, bajo el perverso régimen de Laureano Gómez, donde García Márquez comenzó a desarrollar su *métier* como escritor, publicando sus primeros relatos y forjándose su temprana reputación literaria mientras se ganaba la vida como periodista. Su vida como reportero se volvió cada vez más difícil a medida que, bajo Rojas Pinilla, se intensificó la censura. En 1954, su serie «Relato de un naufragio» –el relato de

un buque que había encallado en su viaje de regreso desde Alabama—atrajo la ira de las autoridades. De acuerdo con la versión oficial, el navío había naufragado durante una terrible tormenta, y los marineros ahogados se habían convertido en héroes nacionales. Sin embargo, al entrevistar a un superviviente, García Márquez descubrió que no había existido tal tormenta y que los oficiales habían sobrecargado la embarcación con electrodomésticos de contrabando de tal suerte que ésta había zozobrado dejando a los susodichos héroes en una balsa a la deriva en medio del océano. García Márquez y su editor en *El Espectador* eran conscientes de que los artículos pondrían al ejército en un aprieto; no obstante, la respuesta fue más sórdida de lo que esperaban. A García Márquez le estuvo siguiendo un hombre que decía admirar su obra, pero que le advirtió que «estaba deshonrando a su país al apoyar a los comunistas» y que su informante se había «infiltrado en las Fuerzas Armadas al servicio de la Unión Soviética». *Vivir para contarla* sigue las ramificaciones de esta historia hasta 1955, cuando tras una serie de incidentes García Márquez abandona Colombia exilándose durante cuatro años en Europa, donde escribiría *La mala hora*. Termina con un episodio de suspense que anuncia los próximos acontecimientos de su vida, recogidos en el segundo volumen: la respuesta epistolar de Mercedes Barcha, su futura esposa.

Muchos de estos detalles —la historia familiar recreada en su obra posterior; la iniciación en la literatura, el sexo, el periodismo y la política; las reflexiones en torno a sus métodos de creación— han sido ya documentados en *El olor de la guayaba* y en otros textos. Sin embargo, el retrato del autor que emerge en este libro sigue siendo cautivador, regular y sólido; incluso los testimonios más íntimos retratan a un hombre satisfecho de haber vivido una vida digna de ser vivida. Con la ventaja que le otorgan sus setenta y cinco años, García Márquez presta homenaje a sus amigos, amantes y mentores; realiza algunas confesiones conciliadoras en relación a sus fobias y manías, y resuelve con elegancia algunas viejas cuentas pendientes.

El libro recoge abundantes recuerdos afectuosos de los burdeles que frecuentaba durante las juergas con sus amigos y colegas, y de la amabilidad de las prostitutas con las que compartió habitación en el hotel más barato de la ciudad. El sexo, y su libre goce, constituye una parte importante de la identidad que García Márquez construye sobre sí mismo, como lo es también su visión acerca de la liberación política. A pesar de las objeciones que plantea ante las actitudes patriarcales que su padre y su abuelo tuvieron hacia sus hijas —cuya sexualidad quedaba reducida a una cuestión de honor paterno—, aplaude su virilidad a la hora de engendrar, antes y después de casado, innumerables criaturas con la aquiescencia de mala gana de sus esposas, que con el tiempo acabaron por acoger a la descendencia ilegítima en su propia casa. No obstante, su afirmación de que las mujeres «sostienen el mundo mientras los hombres lo desordenamos con nuestra histórica brutalidad» apenas alcanza a satisfacer, como

comentario políticamente consciente, la degradación masiva que se impone a las mujeres colombianas de clase baja a raíz de los desplazamientos de población originados por las guerras civiles y *la Violencia* y, ahora nuevamente, por la contrainsurgencia de Uribe y las campañas de fumigación. A pesar de demostrar una conciencia obstinada acerca de la situación de los hombres jóvenes que acudían en calidad de refugiados políticos a la apacible Barranquilla huyendo de la violencia que existía en otras ciudades, García Márquez parece que pasa de largo con respecto a la que sufren sus hermanas, muchas de las cuales, viudas y huérfanas de esta misma represión, se hicieron prostitutas y fueron desplazadas desde sus hogares hasta los bares y los burdeles frecuentados por el escritor.

Muchos fragmentos de *Vivir para contarla* se leen como si formaran parte de una novela; están contruidos con el mismo humor, los mismos temas, estructuras e inflexiones poéticas que caracterizan la ficción narrativa de García Márquez. Si bien algunos recursos retóricos destilan cierta ranciedad —acude a la expresión «ni esto ni lo otro» para enfatizar lo inesperado por lo menos cien veces—, otros pasajes están tan logrados como en cualquiera de sus obras anteriores. Puede incluso que más; por ejemplo, en su relato del asesinato de Gaitán o en su propia lucha contra la censura, donde la urgencia del momento histórico y el sentido combinado de riesgo personal y significado social no se ven mitigados o difuminados por los subterfugios del realismo mágico. Hay algo refrescante en estas secciones que ponen de manifiesto los considerables recursos literarios de García Márquez, en esta ocasión, despojados de toda ensoñación fantástica.

En general, sin embargo, es la estética del realismo mágico lo que aparece ejemplificado en este libro, lo cual subraya la afirmación de García Márquez de que en América Latina y el Caribe «los artistas han tenido que inventar muy poco, quizás su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad». Muchos de los personajes que él evoca de su infancia tienen las fantasías más salvajes por firmes creencias, ante lo cual él adopta, en ocasiones con indiferencia, la actitud de aceptarlos como si representaran la realidad misma o de haber experimentado alguna que otra fantasía en primera persona. Aun así, tal y como ha sugerido Fredric Jameson en relación con las obras de ficción, esta impronta del realismo mágico nació en un entorno en el que los modos precapitalistas y capitalistas se solapan —y éste es otro rasgo de la utilización de tiempo por parte de García Márquez— «articulando la superposición de sustratos enteros del pasado en el presente»: realidades indígenas o precolombinas, el periodo colonial y la esclavitud, las luchas de independencia bolivarianas, el *caudillismo*, la Guerra de los Mil Días, el periodo de intevencionismo directo de Estados Unidos. Verdaderamente, la historia de Aracataca y la de su familia sólo puede ser entendida en términos de un falso sentido de progreso producto de la United Fruit Company antes de que ésta devastara la economía y el medio ambiente de esta región.

Las reflexiones de Jameson podrían extenderse hasta sugerir una suerte de intencionalidad activista, quizá sustentada por la propia pasión que García Márquez siente hacia los clásicos españoles. Esta impronta del realismo mágico podría ser considerada como una secularización de un tema central en la literatura del Siglo de Oro; en *Don Quijote*, por supuesto, pero también en la poesía barroca: aunque la vida sea sueño, la difuminación de las fronteras entre fantasía y realidad no eximen a la humanidad de sus compromisos morales. Está de más decir que la moralidad, para García Márquez, se traduce en términos sociales y políticos en lugar de religiosos. Sin embargo, el argumento sigue siendo pertinente: para García Márquez, la literatura es un vehículo a través del cual comprender determinada realidad; su realismo mágico tiene la impronta de su compromiso político. Cómo comenzó a conectarlos es uno de los temas que recorre estas memorias.

Algunos elementos de la educación política de García Márquez son poderosamente reconstruidos en estas páginas. Las descripciones de su abuelo de la masacre de los trabajadores de la United Fruit Company en 1928 infundieron en él desde muy temprano un visceral sentimiento antiimperialista. El mismo punto de vista subyace a su interpretación de la difícil situación geopolítica colombiana:

Colombia ha sido siempre un país con una identidad caribeña que se abrió al mundo a través del cordón umbilical de Panamá. Su amputación forzada nos condenó a ser lo que hoy somos: una nación con una mentalidad andina cuyas circunstancias hacen que este canal entre los dos océanos pertenezca a Estados Unidos y no a nosotros.

Estando en el internado de Zapaquirá, a las afueras de Bogotá, García Márquez recuerda a algunos de sus maestros progresistas como expresiones vivas del realismo mágico: Manuel Cuello del Río, por ejemplo, un marxista radical que «admiraba a Lin Yutang y creía en las apariciones de los muertos». Uno de ellos le prestó un libro en el que encontró una cita atribuida a Lenin que nunca olvidaría: «Si uno no se inmiscuye en la política, con el tiempo, la política acaba por inmiscuirse en la vida de uno». No obstante, en este momento, la literatura todavía seguía siendo una forma de escape con respecto a una realidad social deprimente, en lugar de un modo de involucrarse en ella. Retrospectivamente al menos, la llegada de Pablo Neruda a finales de la década de 1940 —introduciendo en Bogotá la convicción de que «la poesía tenía que ser un arma política»— desafió dicho quietismo. García Márquez considera «un síntoma esperanzador del poder de la poesía durante aquellos años» que los sonetos satíricos sobre los intelectuales locales que Neruda compuso en Bogotá fueran tomados tan en serio, especialmente los que estaban dirigidos a la política reaccionaria de Laureano Gómez, antes incluso de que éste se convirtiera en jefe del Estado colombiano.

Sin embargo, fueron los acontecimientos del 9 de abril de 1948 y los que los siguieron los que marcarían su orientación política posterior. La sec-

ción más absorbente de *Vivir para contarla* es su relato del asesinato de Gaitán en aquella fecha, un hecho que desencadenó protestas iracundas y la brutal represión del *Bogotazo*, uno de los momentos definitivos de las décadas anquilosadas por *la Violencia*, durante las cuales al menos 200.000 personas, que se sepa, fueron ejecutadas (García Márquez sugiere que la cifra debió de ser mucho más elevada). Hobsbawm y otros antes han esgrimido que los conflictos sólo pueden ser entendidos en el contexto de una revolución social frustrada, cuando «las tensiones revolucionarias ni son disipadas por el desarrollo económico pacífico ni son reconducidas a la creación de estructuras nuevas y revolucionarias. Los batallones de la muerte, la ristra de desarraigados, de mutilados físicos y mentales son el precio que Colombia ha pagado por ese fracaso». Aunque García Márquez acabaría por interpretar estos acontecimientos de un modo similar, en un principio se mostró escéptico; dicho en sus propias palabras: «Me he permitido la arrogancia de no creer en Gaitán»; sin embargo, escuchándole hablar, «he comprendido de golpe que ha ido más allá de la realidad española del país y que estaba inventando una lengua franca mediante la cual todo el mundo pudiera entenderse». De modo que este joven veinteañero, por aquel entonces un cachorro de reportero en *El Espectador* de Bogotá, tomó parte en la «marcha silenciosa» en contra de la represión ejercida por el gobierno y organizada por el propio Gaitán pocos meses antes de su asesinato; se trata de su primer acto político: «Había tomado parte en ella sin convicciones políticas, empujado por la curiosidad hacia el silencio, entonces, el repentino nudo de lágrimas que se formó en mi garganta me cogió por sorpresa». En una mirada retrospectiva, García Márquez considera que Gaitán radicalizó su campaña electoral del año precedente de un modo

que superó la división histórica del país entre liberales y conservadores, [estableciendo] una distinción más realista entre explotadores y explotados. Con su eslogan histórico, «¡A por ellos!», y con una energía sobrenatural, sembró las semillas de la resistencia incluso en los lugares más remotos mediante una abrumadora campaña de agitación que siguió ganando terreno hasta [...] llegar al borde mismo de convertirse en una auténtica revolución social.

En la mañana en que fue asesinado, Gaitán se dirigía a almorzar con el editor de *El Espectador*. García Márquez escuchó las noticias a los pocos minutos y se dirigió a la escena del crimen. Los limpiabotas enfurecidos trataban en aquel momento de derribar con sus cajas de madera las puertas de la farmacia en la que la policía había encerrado al agresor para protegerlo de la multitud. «Un hombre alto, muy sereno y con un impecable traje gris como de boda, les instaba a entrar en el establecimiento con arengas bien calculadas» hasta que un coche «demasiado nuevo» le recogió para alejarle del lugar en el momento en el que el supuesto asesino de Gaitán era arrastrado por la muchedumbre. Sólo después «se me ocurrió pensar que aquel hombre había introducido a un falso asesino para

que lo mataran con el fin de proteger la identidad del verdadero asesino». García Márquez evoca la revuelta que sobrevino:

El humo de las fogatas había oscurecido el aire, el cielo nublado aparecía cubierto por una manta siniestra. Hordas enloquecidas, armadas con machetes y toda clase de herramientas robadas en las ferreterías cercanas, prendieron fuego a los comercios situados a lo largo de la Carrera Séptima con la ayuda de oficiales de policía amotinados [...]. Fuéramos donde fuéramos tropezábamos con electrodomésticos, botellas de marcas caras de whisky y todo tipo de bebidas exóticas que la muchedumbre descabezaba con sus machetes.

Las tropas fieles al gobierno arrasaron la plaza de Bolívar con ametralladoras. Un grupo de seguidores de Gaitán de la universidad se autoproclamó *junta* revolucionaria. Los comunistas —los únicos que parecían actuar con algo de sentido político— dirigían a la multitud, como si fueran «guardias municipales», hacia los centros de poder. En este caos, quién podría aparecer en Bogotá sino el veinteañero Fidel Castro en calidad de delegado de la Universidad de La Habana que acudía a un congreso estudiantil progresista y tenía una cita con Gaitán ese mismo mediodía. Castro, que no puede hacer nada mal a los ojos de García Márquez, aparece como un sujeto pragmático y sensible que trata de ayudar a detener la masacre en las calles: «Uno tendría que conocerle para darse cuenta de la desesperación que le embargaba». Se precipita hacia una división de policía fiel a Gaitán, refugiándose entre sus filas, intenta persuadirles sin éxito de que cualquier fuerza que permanezca en sus barracones está perdida: «Les propone sacar a sus hombres para luchar en las calles por mantener el orden y defender un sistema más igualitario».

Vivir para contarla sugiere que las intenciones de García Márquez como novelista, periodista y agitador político constituyen un proyecto coherente; sin embargo, muchas son las cosas que no se dicen, y muchas las que cabría leer entre líneas. La imagen oficial que se nos propone es la del más famoso de los escritores latinoamericanos vivos, alguien que ha reconciliado su vocación literaria y su prestigio global con sus compromisos políticos: su *joie de vivre* corre pareja a un vasto sentido de la compasión hacia los hambrientos, los pobres, la miseria humana y la injusticia social. Para la prensa de derechas —enamorada de su ficción, pero despectiva hacia sus inclinaciones—, ha escrito lo siguiente: «Como hombre, soy indivisible y mi posición política refleja la misma ideología con la que escribo mis libros». Sin embargo, a pesar de haber declarado en repetidas ocasiones su simpatía hacia el Partido Comunista Colombiano, García Márquez también ha querido mantener una distancia segura con respecto a la militancia política, explicando en *El olor de la guayaba*: «Mi relación con los comunistas ha tenido muchos altibajos. A menudo hemos estado enfrentados debido a que cada vez que adopto una postura que no les gusta, sus periódicos arremeten contra mí. A pesar de todo nunca les he condenado públicamente, ni en los peores momentos».

Otra lectura aún más depurada le presentaría como a un hombre que valora la amistad por encima de la política, y cuyas intervenciones públicas han subrayado la «reconciliación» en favor de la paz. Existen anécdotas que sugieren que su condición de premio Nobel le ha convertido en una suerte de hombre de Estado, en contacto con dirigentes de todo el espectro político, desde Castro hasta Kissinger y Clinton. Resulta evidente que aspira a ser considerado como un hombre capaz de llegar –gracias a su obra o a su prestigio– a algunos ámbitos que, de otro modo, habrían sido contrarios al significado de su mensaje de fondo. Y si en ocasiones se hace el ingenuo, manteniendo oculta la magnitud del ataque de sus visiones políticas, lo cierto es que esto le ha costado ser sancionado por parte de la mayoría de los líderes de la izquierda latinoamericana. Existe un momento en la narración a comienzos de la década de 1950, en el que Gilber Vieira –«fundador del Partido Comunista más prominente [...], el hombre más buscado por los servicios secretos del país»– contacta con García Márquez desde su refugio clandestino en Bogotá para comunicarle que ha estado leyendo sus artículos en la prensa con mucha atención, que ha identificado incluso los escritos anónimos del joven periodista con el fin de «desvelar sus significados ocultos». Fue el propio Vieira el que eximió a García Márquez de la obligación de ingresar en el partido o de adquirir un compromiso político directo: «Para él, el mejor servicio que podía ofrecer al país era seguir haciendo sin que esto implicara tener que comprometerme con alguien en algún tipo de militancia política».

No obstante, si bien cabe realizar distintas lecturas de las afirmaciones de García Márquez sobre sus posicionamientos políticos, resulta imposible exigirle una mayor precisión. A pesar de lo poco que aprovechó sus años de estudiante de derecho, resulta evidente que en *Vivir para contarla* está organizando una defensa anticipada frente a los que pudieran acusarle de ser demasiado radical o demasiado poco radical. Quizás, algo similar podría decirse de sus éxitos literarios; de acuerdo con una lectura atenta y entrelíneas cabría interpretarlos acudiendo a lo que Gerald Martin ha descrito, en *Journeys Through the Labyrinth*, como un retrato de «la prehistoria anterior al nacimiento de la conciencia proletaria» o, por el contrario, si se prefiere, como expresiones salvajes de la imaginación latinoamericana.